

# EL TALISMAN

(LEYENDA ANDALUZA)

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR

D. J. E. y R.



MURCIA—1895

Tip. de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE

RE TALLISMA

REYENDA ANDALUZA

THE BRITISH LIBRARY

D. J. E. Y. R.



BRITISH LIBRARY

THE BRITISH LIBRARY



ILMO. R. D. JOSÉ MARÍA BARNUEVO Y RODRIGO DE VILLAMAYOR,  
Presidente de la Audiencia de Madrid.

1205407





# EL TALISMAN

(LEYENDA ANDALUZA)

El terrible Almanzor habia conquistado, destruido á España; una sola ciudad le cerraba el paso á él y á su poderoso ejército. Veinte mil catalanes encerrados en Barcelona habian resistido por espacio de dos meses los inauditos esfuerzos de doscientos mil sitiadores, y habian jurado que, mientras quedara uno solo con vida, no pisaria la ciudad santa la impía planta del sarraceno.

Almanzor hacia poco caso de reinar en Cataluña; pero la resistencia que le opuso aquel puñado de héroes, sublevó su indomable orgullo. Entonces ya habia fijado los límites de sus Estados de España, porque Andalucía, Murcia, Valencia y una parte de Castilla la Nueva, constituian el mejor florón de su corona.

Sus correrías por el Norte no tenían otro objeto que el de intimidar á los príncipes cristianos y reducirlos á la defensiva, al mismo tiempo que las fronteras de los Estados musulmanes se cubrían de ciudadelas y presentaban tambien una línea de defensa cada dia mas formidable.

Almanzor pensaba reunir sus ejércitos, pasar á Africa, y desde allí reinar á la vez en Fez, en Marruecos, en Andalucía.

Las tropas del califa acampaban alrededor de Barcelona, y guardaban los caminos con una vigilancia que quitaba á los catalanes toda esperanza de socorro.

Los recursos de la plaza se agotaban; la obstinacion bien conocida del conquistador africano, hacia suponer que nada podria decidirle á que levantara el sitio. Los cristianos recordaban en aquella ocasion el sitio de Marruecos, que duró un año, y que no concluyó sino despues de un asalto de tres dias y tres noches; durante este asalto, las tropas, fatigadas, eran relevadas por otras que aun no habian tomado parte en aquella campaña; solo Almanzor no habia descansado; habia estado constantemente al lado de los combatientes, estrechando el sitio con esa prodigiosa actividad que llenaba de estupor á todos sus enemigos.

Pero los cuidados de la guerra no impedían que consagrara cada dia algunas horas á un portentoso reposo. A la salida del sol se abria la tienda del califa, y el gran visir Abdallak

introducía en ella á varios letrados y doctores que contestaban siempre á las preguntas que Almanzor se dignaba dirigirles. Estas conferencias versaban sobre puntos de religion, de ciencia y de poesía. El mismo Almanzor era poeta, y se mostraba sensible á las alabanzas de los letrados.

Un dia recitó unos versos suyos á un poeta; el poeta los aprobó, y el califa le dijo que hiciera el mismo número de versos sobre el mismo asunto. El poeta obedeció, y recibió por ellos diez mil maravedises. Poco satisfecho con tal don, compuso un poema sobre otro asunto, y se lo dedicó al califa, que le dijo:

—Elije por recompensa ó veinte mil maravedises al contado, ó cien mil despues del asalto de Barcelona.

—Veinte mil al contado, señor, y cien mil despues, contestó el autor del poema.

Esta respuesta fué tan bien acogida por el califa, que hizo que le entregaran en seguida ciento veinte mil maravedises.

El mismo Almanzor administraba la justicia en su campamento.

—No me llameis el victorioso, decia, llamadme el justiciero.

La inscripcion de su escudo, era la siguiente:

—“Júzgueme Dios como yo juzgue á los demás.”

A la puerta de su tienda habia una preciosa campana de plata.

Todo el que queria reclamar la justicia del

califa, no tenia mas que tirar de la cadena de esta campana. El califa, si se hallaba en su tienda, salia inmediatamente.

Una noche el sonido de la campana vibró en el espacio. Almanzor dejó que sus convidados continuaran el ya empezado festin, y fué á ver la causa de aquel intempestivo llamamiento; pero llegó al umbral de la tienda, y no vió á nadie. En vano esperó, la luna no iluminó ninguna forma humana en el inmenso y desierto espacio que desde allí con la vista se abarcaba. Los centinelas tampoco habian visto nada. Almanzor arrestó á los centinelas. Tres veces se renovó la misma escena. Determinado el califa á conocer la causa de aquel hecho extraño, dejó otra vez á sus convidados, y armado con su cimitarra fué á emboscarse detrás del poste de la campana.

Sus penetrantes miradas interrogaban las tinieblas, cuando un precipitado tañido le hizo estremecer. Ningun sér humano lo habia provocado, pero vió á una enorme serpiente destacarse de la cadena y dirigirse hácia él. Ya su cimitarra amenazaba al reptil, cuando le pareció que la brisa que temblaba en las hojas de los árboles, murmuraba caprichosamente á sus oídos:

—Almanzor, Dios te juzgará como tú juzgues á los demás. Todo sér viviente tiene derecho á tu justicia; sigue á esa serpiente y verás lo que espera de tí.

El reptil se deslizó lentamente á través de

los campos, y se detuvo delante de un peñasco, cuya base estaba horadada por una grieta apenas perceptible, bajo las enredaderas que la cubrían. Este era, sin duda, el retiro de la serpiente que iba y venía, para escitar la atención de su protector. El califa comprendió el objeto de esta maniobra. Se bajó y vió que la abertura del peñasco estaba completamente obstruida por un enorme sapo que habia tomado posesion de ella, y cuya mirada insolente parecia desafiar al reptil. Almanzor colocó la punta de su cimitarra sobre la cabeza del sapo, que hundió con resuelta mano, y volvió á su campamento, donde se reunió otra vez con sus convidados.

El festin se prolongó hasta el amanecer. Los vinos de España chispeaban en las copas de cristal; los ojos de los convidados chispeaban en sus órbitas como el vino en las copas. Había llegado ese momento en que los mas prudentes hablan el lenguaje de los insensatos, en que la locura encuentra sin esfuerzos el lenguaje de la sabiduría. Los músicos arrancaban caprichosas cadencias de sus melodiosos instrumentos. Los doctores de barba gris ensalzaban el amor y el vino; los poetas imberbes pronunciaban los mas sublimes discursos. El califa se mostraba magnífico; prometía á todos tesoros sin cuento.

De repente vieron una serpiente que se deslizaba en el círculo de los convidados. La mayor parte de estos se quedaron petrificados,

mudos de espanto. El visir Abdallak fué el único que tiró de su espada. Un gesto de Almanzor le contuvo.

—No toques ese reptil, le dijo, que yo te prometo que no te hará daño alguno.

La serpiente se arrastró hasta los pies del califa, se acercó á la copa que este tenía en la mano, dejó caer en ella una piedra brillante, y se fué en medio del estúpido de toda la asamblea.

Almanzor examinó la piedra caída en su copa. Era un precioso rubí, cuyo brillo deslumbraba. Varios caracteres extraños se veían grabados en su superficie. Ninguno de los letrados que estaban presentes pudo descifrarlos, ni aun decir á qué idioma pertenecían, pero todos decidieron que el califa tenía en sus manos un poderoso talisman.

Almanzor convocó á todos los sabios de Andalucía. Había prometido cien mil maravedises al que explicara la leyenda misteriosa. Ninguno pudo descifrarla. El califa se desesperaba, cuando un judío se le presentó, declaró que los caracteres grabados eran del antiguo caldeo, y los tradujo así:

“Tú amarás al que me posea, más aun que á tu propia vida.” El califa, ocupado siempre en la realización de sus gloriosas quimeras, había cerrado su corazón á las mas dulces emociones de la juventud.

La sentencia del talisman hizo brotar de sus

labios estas palabras: "Amar! hé aquí un bien que he perdido para siempre; un bien que no he sabido apreciar."

Aquel día el califa entregó al visir Abdallak un saquito lleno de perlas, dentro del cual iba el precioso rubí. El visir tenía que ir á Córdoba á entregar este talisman á Leila, una de las esclavas de Almanzor, y ordenarle en el nombre del califa que lo llevara noche y día sobre su corazón.

Ocho días despues, los catalanes, desde lo alto de la ciudadela, vieron que en el campo enemigo bajaban repentinamente el estandarte del profeta. A la puesta del sol el ejército sitiador desapareció entre densas nubes de polvo; los catalanes celebraron con indecibles muestras de alegría tan milagrosa restauración.

Almanzor pasó seis meses en Córdoba asombrando á la corte con los testimonios de la pasión insensata que habia concebido por una mujer que hasta entonces apenas habia distinguido entre sus cien esclavas relegadas en el harem. Todo eran fiestas, torneos, conciertos, bailes y festines. Los negocios públicos estaban abandonados en manos de los visires. Los cristianos multiplicaban impunemente sus ataques sobre la frontera; sus príncipes se unian y hacian juntos preparativos formidables. En Marruecos provincias enteras se sublevaban. Todas estas noticias encontraban al califa indiferente. Parecia ciego y sordo; todo otro ob-

jeto que su adorada Leila, le importunaba. Pero Leila murió repentinamente. Otros seis meses trascurrieron en las manifestaciones de un dolor estravagante. Unicamente la ciencia pudo arrancar al califa de la muerte. Habia ordenado que el cuerpo de Leila fuese embalsamado y encerrado en una caja de plata. Esta caja fué depositada sobre un estrado en medio de una sala tapizada de negro, alumbrada por cien lámparas de oro y llena de los mas deliciosos perfumes, que exhalaban humeantes y riquísimos pebeteros.

Almanzor vivia en este retiro, donde todo aumentaba su desesperacion, Por fin se rindió á las súplicas de los ulemas, que le instaban para que salvara sus desmorenados Estados, y para que volviera al frente de sus ejércitos. Dejó á Córdoba, menos para restablecer la tranquilidad en su reino, que para buscar en el campo de batalla un calmante á su dolor. Pero no habia podido separarse del cadáver de Leila: este le seguia por todas partes. En los campamentos se fijaba una tienda negra al lado del pabellon de Almanzor, y se depositaba allí entre profusion de flores, lo que este llamaba su único tesoro. El visir Abdallak respondia de él con su cabeza.

La menor sospecha provocaba el furor del califa, que tantas veces le amenazó con su cimitarra.

Así dieron la vuelta á España, atravesaron el Estrecho, guerrearon de Tánger á Tleme-

cen, de Tlemecen á Kassar, de Fez á Marruecos, de Tetuan á Salé.

Almanzor habia firmado una tregua con los príncipes cristianos. Llegó á Salé y resolvió morir allí sobre el féretro de Leila. El desgraciado Abdallak no era mas que su misma sombra. Sus facciones lúgubres se habian vuelto odiosas.

El sombrío humor del califa le entristecia. El visir queria retirarse de la corte y refugiarse en Túnez ó en Egipto. La misma noche de su llegada á Salé, y al vigilar como siempre las disposiciones de la cámara fúnebre, reflexionaba con amargura sobre las circunstancias que habian causado todos aquellos males, cuando una súbita idea le hizo estremecer.

—¡Maldicion! exclamó; la culpa de todo la tiene el talisman.

Sin perder un instante, despidió á los esclavos, se encerró con cuidado, fué en derechura á la caja mortuoria, hizo saltar la cerradura, y arrancó los velos de seda y de brocado que cubrian el cadáver. El rubí brillaba sobre el pecho de Leila. Se apoderó de él, y con un gesto de triunfo lo sepultó en el bolsillo mas profundo de su vesta.

Una hora despues le llamó Almanzor.

—Y el cadáver de Leila? le dijo con disgusto.

—Señor, la cámara todavia está adornada é iluminada.

—Pues bien; lleváoslo de aquí. No quiero verlo mas.

Desde aquel dia Abdallak volvió à poseer todo el favor del califa. El visir se alegró. Pero estaba reservado á otro suplicio todavia mayor. Almanzor parecia no haber olvidado su locura, mas que para caer en otra locura mas extraña todavia. Abdallak gobernaba, Abdallak reinaba. Los favores del príncipe se multiplicaban, le perseguían, le rodeaban, le asediaban por todas partes. El pobre visir se consumia, se desesperaba. Un dia, en un transporte de furor, se metió la mano en el bolsillo de su vesta, y se quedó al punto como petrificado, “Ah!... dijo... todavia esta piedra. Maldito talisman! Por Satanás que volverás á los abismos de donde has salido, y esperarás allí al dia del juicio.”

Abdallak salió secretamente del palacio, se metió en una barquilla, pasó el rio, y bajó á la orilla puesta. Corrió hasta un lago profundísimo, y arrojó en él con toda su fuerza y con toda su rabia el magnífico rubí.

A su vuelta á palacio, Abdallak encontró al califa sumergido en un profundo sueño. Le vió levantarse, y despues asomarse á una ventana, desde la que se descubria el rio y la orilla opuesta.

“Qué orilla tan encantadora, dijo Almanzor, y qué rocas tan magníficas para edificar una ciudadela!”

Al dia siguiente estaban dadas las órdenes necesarias á todos los arquitectos. Bien pron-

to un ejército de albañiles tomó posesion de la desierta orilla. Un sin número de fortificaciones, de mezquitas, de mercados, de palacios, se elevaron en todas partes. El califa queria edificar allí una ciudad que fuera la única capital de sus vastos Estados.

La actividad de Almanzor se alimentó por espacio de algun tiempo en aquella gigantesca empresa. Pero bien pronto se le vió caer en una estraña melancolía. Abdallak habia vuelto á quedar sumergido en la obscuridad. Sus funciones no consistian mas que en hacer ejecutar las órdenes de su señor y acompañarle en sus paseos. Todos estos tenian por término las orillas del lago. Almanzor quiso un dia embarcarse, é hizo trasportar á él una barquilla. Abdallak remó hasta el centro del lago, y dejó á las ondulaciones de la superficie el cuidado de volver el esquife á la orilla. Mecido así durante muchas horas, Almanzor se quedó estático, sumergido en las mas profundas meditaciones. De repente el califa se sentó sobre el borde de la barquilla. Miró las azuladas profundidades del lago. Suspiró. Su cabeza se inclinó sobre su pecho, y su cuerpo se deslizó sin ruido en el abismo.

Quince dias hacia que en aquel mismo sitio habia sido arrojada el magnífico rubí!

Así es como Yacub Almanzor desapareció de la escena del mundo. Al dia siguiente se vió á la barquilla vacía balancearse sobre el lago. Diez años despues, varios peregrinos reconocie-

ron á Abdallak, que habia huido á la Meca. El visir habia llegado á ser un célebre poeta. En los últimos dias de su azarosa vida publicó en muy hermosos versos la triste historia de *El Talisman*.

FIN

